

Hipótesis para una convocatoria de los ciudadanos interesados en la paz, la justicia y los derechos

Raniero LA VALLE

1. El nuevo sistema electoral mayoritario, introducido de forma imprevista en Italia, ha cambiado profundamente la vida política y la condición política de los ciudadanos. Debería, en perspectiva, conducir a un gobierno eficaz; pero por el momento ha llevado a concentrar toda la lucha política sobre el objetivo de la conquista del poder, induce a las fuerzas políticas a desleír la propia identidad, y a la asimilación de sus mensajes respectivos para adjudicarse el electorado intermedio, hace del centro un mítico ave fénix que además quiere cortarse las alas, a derecha e izquierda, privilegia la comunicación espectacularizada, solicita el consenso de los ciudadanos, pero no pide sino que más bien evita su participación. Las esperanzas, las necesidades, los deseos, los valores, las opiniones, las manifestaciones y las luchas de millones de ciudadanos, que ayer animaban el contraste político, hoy han perdido el pulso y se han disuelto en las muestras de unos pocos centenares de personas seleccionadas con criterios estadísticos por las encuestas.

La desaparición o la crisis de los partidos tradicionales, el ocaso de las viejas formas de militancia, la prevalencia de las estrategias de la persuasión sobre la elaboración de los contenidos y la pasión por el bien común, producen un creciente desafecto por la política, la retirada de muchos a lo social o a lo privado, la acentuación del fenómeno de la delegación, sin control y a menudo sin mandato.

2. La derrota de cualquier alternativa creíble al sistema social y económico dominante ha marcado el triunfo del mercado a nivel mundial. Pero esta victoria es más que un signo. El mercado, insustituible lugar de comunicación y de intercambio de bienes y servicios, está incorporándose a todos los ámbitos de la vida personal y social, del trabajo a la salud, la enseñanza, la cultura, la información, el medio ambiente, haciendo de todo mercado. La política misma pierde su autonomía y su función de coordinar y ordenar los intereses particulares al bien común.

Con la explosión del mercado, también la empresa, que es la gran protagonista del mercado, se carga de tareas que desbordan su naturaleza y su competencia. Y del mismo modo que en el plano mundial las grandes transnacionales determinan las condiciones mismas de la vida y del desarrollo del planeta, débilmente mediadas o corregidas por los poderes políticos nacionales e internacionales, así en Italia una empresa asume directamente y sin mediaciones el poder político.

3. El mercado, como cualquier otra institución, no es omnipotente. Hay cosas que el mercado pro-

duce o puede producir naturalmente, en orden a la creación de la riqueza y al funcionamiento del sistema económico, pero existen otras que el mercado por sí mismo no puede producir, ni siquiera rindiendo al máximo de sus posibilidades. Entre las cosas que no produce el mercado, o, dicho de otro modo, que no son el fruto de automatismos naturales, están la paz y los derechos, sobre todo los de los débiles. La paz y los derechos, para existir, deben ser queridos y perseguidos como objetivos específicos; esta tarea la desempeña la política. Si la política está impedida para hacerlo o desiste de perseguir estos objetivos, la paz no se alcanza y los derechos desaparecen. Con el avance de la organización moderna de la sociedad, este papel de la voluntad política no se debilita, sino que se hace cada vez mayor. En efecto, muchas cosas que ayer eran «naturales», hoy son artificiales, es decir, deben ser queridas. Entre estas cosas está la vida misma. En las viejas economías de subsistencia era «natural» para los pobres sobrevivir, aunque con una limitada calidad y duración de su vida. Hoy, en la modernidad, no es natural sobrevivir, la vida de cada uno depende directamente del consenso y de la aportación de los demás, y en particular los pobres (como bien se advierte a escala mundial) no pueden sobrevivir si alguien no decide que deban hacerlo. Entonces, todos, en este sentido, pueden ser pobres, porque todos pueden llegar a encontrarse en una condición en la que no podrían vivir sin la voluntad y la ayuda de los demás. ¿Quién habría dicho, antes de la última guerra mundial, que los más pobres de todos serían los judíos? La tarea de promover y realizar la voluntad colectiva de que todos puedan vivir, y vivan en paz y en la plenitud de sus derechos, es la propia del poder político.

4. El giro producido en Italia al desarmar a los ciudadanos de las garantías previstas para la protección del trabajo, el salario, la salud, la previsión social y la calidad de vida, haciendo inútiles años de luchas y de conquistas sindicales y políticas, sustrayendo instrumentos y recursos al servicio público y confiando todo el tejido de las relaciones sociales de manera exclusiva a las leyes del mercado, prepara una sociedad violenta y produce nuevas pobreza.

Ahora mismo, al crear un estado de inseguridad y de temor por el futuro, al poner en discusión derechos adquiridos y expectativas legítimas, ha dado lugar a que todos se encuentren más pobres, desvelando la pobreza que permanecía oculta tras de un reciente y todavía precario bienestar. Y hoy, mientras el Estado social camina hacia su disolución, de no intervenir una voluntad política que de-

tenga esta deriva y relance la construcción de un Estado de justicia, el riesgo es que el retroceso lleve al retorno del «estado de naturaleza», en el que el conflicto es permanente y la riqueza y la fuerza soberanas; estado de naturaleza o «sociedad de lobos» que la edad moderna, con la constitución misma del Estado, había creído superar, y que hoy haría la vida imposible a muchos.

A esta condición de violencia interna producida por el Estado no podría sino corresponder una recuperación de su violencia externa; la transformación de las Fuerzas Armadas de defensivas en ofensivas, el paso al ejército profesional, la inclusión de las mujeres en la milicia armada ya preparan los instrumentos; la interpretación ilimitadamente extensiva de la «defensa de la patria» como «defensa de los intereses» prepara su anticonstitucional legitimación.

5. La característica más preocupante de la nueva sociedad que está tomando forma tanto en el plano interno como en el plano mundial, es que al crecer su eficiencia, se restringe cada vez más su base social; si antes la medida de la solidez y del desarrollo del sistema productivo estaba en su capacidad de crear puestos de trabajo, hoy, en cambio, está en su aptitud para reducirlos y rebajar la incidencia del factor trabajo respecto de los demás factores productivos; en consecuencia, se reduce el número de las personas que el sistema económico es capaz de sostener y que la sociedad considera necesarias; las otras se convierten en sobrantes y con una nueva palabra son consideradas «excedentes»; son excedente los trabajadores en las fábricas y en los servicios, son superávit los pensionistas, culpables de dejar el trabajo muy pronto y de morir demasiado tarde, son excesivos los enfermos en relación con los recursos del servicio sanitario, sobreabundantes y no acogibles los emigrantes, pueblos enteros del Sur del mundo están de más para un desarrollo sostenible y gran parte de la población mundial es excedentaria y está fuera de la lista, mientras que se hacen políticas y se paga para destruir cultivos y eliminar ganados, considerados, paradójicamente, también ellos excedentes. Al mismo tiempo, los «planes de ajuste estructural» impuestos por las grandes instituciones monetarias y financieras internacionales a los países del Sur del mundo, recortan o alimentan islas de economía protegida, poniendo fuera del mercado y arrojando por debajo de la línea de la pobreza a millones de personas.

Esta nueva discriminación entre necesarios y superfluos, entre elegidos y excedentes es más grave que las viejas y recurrentes discriminaciones raciales, étnicas, religiosas, sexuales; en efecto, es tal el modo como la sociedad alimenta procesos de marginación y de exclusión que se traducen también en una marginación y una exclusión, de derecho o de hecho, de la representación política. Y del mismo modo que se promovieron luchas y se movilizaron saberes por la universalidad de los derechos y la igualdad de los excluidos, también hoy tendría que hacerse otro tanto para que todos los seres humanos sean vistos como necesarios, ninguno sea considerado fuera de la casta o de la lista, para que sean reconocidos y honrados los derechos exclu-

dos y para que no acabe creándose una sociedad de los que sobran.

Precisamente por esto es necesario trabajar, como dice querer hacer la derecha, para dotar nuevamente de eficiencia al sistema económico, incrementar su capacidad de producción de riqueza, e impedir el empobrecimiento generalizado representado por la inflación. Pero esto deberá hacerse dimensionando el sistema económico de acuerdo a la vida y las necesidades de todos, sin que ninguna persona, clase o nación sea puesta o considerada fuera del mercado.

6. Es por eso hoy más necesario que nunca que los ciudadanos se pongan en movimiento, retomando la iniciativa y la participación política, por la paz y por la justicia; paz que quiere decir papel que cumplir en la fundación de nuevas relaciones internacionales, justicia, como tarea peculiar del orden político, que si hace suyo y tutela el derecho del débil, tanto más garantizará y reforzará el derecho de todos. En efecto, paz y justicia son los dos objetivos fundamentales del bien común, mientras la libertad, como decía Croce, es la premisa y la condición de todo.

Podría pensarse en una suerte de *Convocatoria permanente por la paz y los derechos*, comenzando por los derechos excluidos. *Convocatoria* quiere decir que todos son convocados, por el sólo hecho de ser personas, al conocimiento y a la comprensión de la realidad, a perseguir la felicidad, a la participación política, al compromiso por los derechos, a las urnas electorales, a la fiesta de la solidaridad y de la liberación. *Convocatoria* indica también una variedad de formas de participación, intervenciones, acción comunes. Se puede convocar y ser convocados para fines y luchas de carácter general, o para iniciativas y ocasiones específicas; se puede convocar y sentirse convocados como individuos o como grupos, asociaciones, fuerzas organizadas; se puede responder a una convocatoria, considerada apropiada y necesaria, y no responder a otra. Este movimiento amplio y dúctil podría tener, sin embargo, en algún lugar una forma de estabilidad y de continuidad, constituyéndose en *Convocatoria permanente*, con contenidos reconocibles y claros, con un principio organizativo y asociativo, con inscritos y militantes, con una comunicación interna y una visibilidad externa.

7. Esta *Convocatoria permanente por la paz y los derechos*, en la medida de su credibilidad y eficacia, podría llegar a asumir las formas de un verdadero y propio sujeto político comprometido en participar, de las maneras más variadas, tradicionales y no tradicionales, pero siempre democráticas y pacíficas, en las luchas civiles y políticas.

Entre estas luchas están las competiciones electorales, frente a las que habría que decidir qué papel asumir. La opción podría ser la de no intervenir directamente, sino ofreciendo la contribución de específicas propuestas programáticas a las fuerzas y a las listas en presencia, o bien la intervención con una identidad autónoma, y una autónoma decisión de participación en una u otra formación.

En favor de esta última opción milita el hecho de que propuestas programáticas avanzadas desde fuera a las fuerzas políticas en competición, en es-

pecial en tema de paz y derechos, no suelen tener éxito, y más en general el hecho de que hoy, también por efecto de la cultura política dominante y de los mecanismos electorales, la paz y los derechos, y sobre todo los derechos de los pobres y excluidos, y por ello los propios pobres y excluidos, no tienen verdadera y directa representación política. Por eso precisamente, la tarea de un sujeto político de nuevo cuño sería suscitar esa representación.

Pero para que en el momento en que se tome esa decisión, el nuevo sujeto político por la paz y los derechos no asuma la figura de un partido tradicional, y por eso mismo se haga superfluo, deberían hacerse algunas otras opciones posteriores, dirimentes y decisivas.

8. La primera es no aceptar la reducción de la política a mercado, y por ello no considerar la propuesta política como un producto de consumo, asimilando el programa y el personal político en liza a la mercancía objeto de los «consejos para la compra». En la actual sociedad, la máxima expresión de semejante mercantilización es la promoción televisiva del producto político, mediante la cual las televisiones comerciales «venden» a las listas y a los candidatos sectores más o menos amplios de espectadores, que estas televisiones han adquirido con entretenimientos y espectáculos quizá válidos, pero que corresponden a demandas, gustos y preferencias que no tienen nada que ver con la política. La opción consecuente sería, por tanto, no el rechazo arcaico del medio televisivo, sino el rechazo a pagar cualquier suma de dinero, fuera de los puros y simples gastos de producción, para «comprar» o «alquilar» pequeños o grandes patrimonios de «audiencias» o «contactos». En la sociedad que queremos las «almas sencillas» no están en venta. En este sentido el nuevo sujeto político tendría ya en su naturaleza algo diverso de un partido televisivo; no sería tanto una renuncia como una elección: si todo no se dice y no se decide a través de la televisión pagada, es necesario volver al contacto directo, a los coloquios, a las asambleas, a los mítines, a las plazas, a las palabras que no descienden de lo alto, sino que van y vienen como diálogo en una y otra dirección. Y más allá de la modalidad de la comunicación, cambia también la figura y la composición de una fuerza política; porque a un partido televisivo le basta el líder, que habla a todos de una vez con un buen maquillaje y una buena prueba con las luces apagadas; pero para una fuerza política, para una Convocatoria no televisiva, hacen falta miles y miles de líderes.

9. La otra opción definitoria sería la de un modo específico de concurrir, como dice el artículo 49 de la Constitución italiana, «a determinar la política nacional»; son muchas las maneras en que, en la mente de la Constitución y en la realidad misma, se determina la política nacional: la legislación, la jurisdicción, la interpretación de la Constitución y de las leyes, las decisiones económicas, la gestión de la información, la educación escolar, las orientaciones culturales, el contraste de opiniones, el desplazamiento del consenso, etc. Uno de los momentos más relevantes de la determinación de la política coincide sin duda con su ejecución, que es tarea del gobierno; sin embargo, que el gobierno sea, precisa-

mente, denominado «el ejecutivo» indica que debería no tanto presumir de determinar, y menos totalmente, cuanto sobre todo seguir la política del país; en esto consiste su servicio, su «ministerio». Nadie negaría hoy el papel en todo caso «determinante» del gobierno; pero no es correcto que éste haya acabado por identificarse, en la imaginación popular, con el poder, y que sobre él, para su conquista y conservación, haya acabado por concentrarse toda la lucha política, con una reducción de la política a poder que no es menos grave que la reducción del pensamiento a la ideología que lo funda. Restablecer la distinción entre gobierno y poder, y entre poder y política, aún en su unidad, es una gran operación cultural y política. Por esta razón se puede pensar en una fuerza política que concorra a determinar la política nacional, pero no en la forma de una participación en el gobierno; y que se presente, pues, bajo la forma no tradicional del sujeto político no gubernativo, y como tal inmune a la obsesión del poder. Hacer esto en nombre de la paz y de los derechos débiles o perdidos, significaría reconocer que la prioridad y el objetivo inmediatamente posible es dar voz, representación e incidencia política a estos intereses primarios e irrealizados; mientras el hecho de que la paz y la justicia estén de verdad en el gobierno de la sociedad, y con ellas los más débiles, los excedentes, los pobres y los excluidos, sería el punto de llegada de un proceso, sería el signo de una sociedad ya transformada; figurárselo o prometerlo como puro y simple efecto de un acceso al gobierno, sería ilusión o demagogia.

10. Esto no quiere decir que una tal formación política se lanzaría a la oposición. Al contrario, significaría proponerse como el ala y el alma no gubernativa de una formación de gobierno, y obligarse a hacer uso, tanto estando en el área de la mayoría como si se forma parte del de la oposición, de todos los instrumentos disponibles, y no sólo del gobierno, para hacer avanzar la paz y la justicia en la sociedad y en el ordenamiento.

11. Muchas son las razones teóricas y políticas que justificarían esta opción. La primera es que, en el pasado, en nombre de la paz, la justicia y otras grandes palabras, en el se han perpetrado corrupciones y abusos de poder; es necesario, pues, usarlas con discreción y con la garantía de que no se las esgrimirá como simples cartas a jugar para llegar al gobierno, y no serán subordinadas ni sacrificadas a la razón política de la conquista y la conservación del poder.

12. Es necesario restablecer y hacer revivir en la conciencia popular la idea de que la política afecta a todos los ámbitos de la vida asociada y es la dimensión y la responsabilidad permanente de toda persona como ciudadano, pero que no se concentra, no se agota y no tiene su único fin en el gobierno. En efecto, todos quieren un buen gobierno, y luchan por tenerlo, pero no todos quieren gobernar. Y como ya existe una distinción de personas y de vocaciones entre quien ejerce la función jurisdiccional y la política, del mismo modo puede hacerse una distinción de personas y de vocación en el ámbito de la función política, entre quien ejerce la legislación y el control de confianza sobre el gobierno, y quien se ofrece para gobernar. Esta distinción puede afec-

tar a las personas pero también a una fuerza política en cuanto tal. Por lo demás, un partido de masas no gubernativo ya existe, aunque sea de modo implícito; es el formado de todos los que trabajan en el ámbito de lo social, en el voluntariado, la cooperación, las relaciones internacionales, las organizaciones no gubernamentales, en la educación de base, y desarrollan una función pública, y por ello política, con gran interés por la legislación, el mejoramiento de las instituciones y el desarrollo del ordenamiento, pero no concurren ni aspiran a ejercer funciones de gobierno. En tiempos de emergencia, como los nuestros, esto puede adquirir visibilidad y valor institucional.

13. Es necesario tomar conciencia y poner de manifiesto que el poder real que determina la vida de la sociedad no coincide sino en parte con el poder de gobierno. Son mucho más complejos el juego y la influencia de los poderes, poder económico y monetario, poder de la información y de la tecnología, poder militar y judicial, poder de las religiones y de las iglesias, de los sindicatos, de las instituciones internacionales, etc. A todos estos planos debe llevarse, pues, la acción y la lucha para que la paz, la justicia y los derechos prevalezcan y sean puestos en la base de la vida social.

14. El gobierno mismo, como máximo símbolo del poder, está bajo el signo de una ambigüedad. De un lado, tiene un altísimo valor como instrumento para realizar el bien común y guiar el camino de una sociedad libre y justa, a tal punto que hoy todavía se repite la afirmación del apóstol de que la autoridad viene de Dios; por otro, está sumamente expuesto al riesgo de la prevaricación del poder, y es el lugar en torno al cual se aglomeran los apetitos, las corrupciones, los carrerismos, los egoísmos personales y de grupo. Ser distintos del gobierno y, al mismo tiempo, seguirlo de cerca para que todo gobierno se esfuerce en ser «buen gobierno», es una forma de responder positivamente a esta ambigüedad.

15. Para muchos ciudadanos, escaldados por la experiencia del viejo régimen político y desilusionados por el nuevo, la política se encuentra bajo el signo de un desvalor. Muchos que con conciencia honesta han vivido en las grandes tradiciones políticas de los viejos partidos históricos, se sienten hoy defraudados en una parte de su pasado, y no saben como retomar un compromiso político, sin volver a encontrarse nuevamente envueltos en los mismos errores de ayer y en las mismas desilusiones. En particular, muchos cristianos, caídos la coartada y el forzamiento a la unidad política de los católicos, están confundidos, por un lado, por la invitación a recorrer los viejos caminos de un modo que carece ya del atractivo original, por otro, por la falta de interés de las nuevas propuestas. Para ellos, como para los herederos de otras tradiciones políticas que se fueron degradando en el ejercicio del poder, el redescubrimiento de la positividad y del valor de la política puede alcanzarse a través de la práctica de una política no coyunturalista; entiendo por coyunturalismo la ideología que pone el poder por encima de

todo y que sacrifica por él, cabe que con la disculpa de nobles fines, el derecho y también la conciencia («París bien vale una misa»). El gubernamentalismo es una de las formas modernas del coyunturalismo. Por su causa se puede llegar a cambiar de nombre, identidad, símbolos y banderas, e incluso normativas electorales y políticas para conservar o llegar al gobierno, por lo demás, sin conseguirlo.

Hacer cuentas con el coyunturalismo es pues la gran cuestión, no sólo de las religiones históricas y sus brazos seculares, sino también de las ideologías políticas y de las fuerzas que se inspiran en ellas. Distinguir la lucha y la militancia política de la lucha por el ejercicio del poder de gobierno puede, al menos en una fase, hacer emerger este problema y permitir entrever la solución.

16. En fin, la vía de una acción política no gubernativa encuentra su razón más decisiva en el hecho de que hoy, en este salto de época, si es importante gobernar la sociedad, es aún más importante pensar la sociedad, refundar las formas económicas y sociales que se encuentran en un nivel crítico y mirar su futuro no sólo como una previsión sino como un proyecto. Esta exigencia es ampliamente percibida: la Conferencia de El Cairo sobre la población no fue un acto de gobierno, sino un acto cognoscitivo y proyectual; por el contrario la cumbre de los G7 en Nápoles no pudo expresar una línea de gobierno para la economía mundial, porque careció de toda capacidad de conocimiento y de proyecto.

La función de conocer y proyectar ha sido siempre esencial arte de gobierno. De aquí la distinta relación de las clases políticas con los intelectuales o la práctica, representada hoy, sobre todo en América, por las agencias de pensamiento encargadas de proporcionar indicaciones al poder. Estas soluciones ya no bastan. Es la propia comunidad de los ciudadanos la que debe elaborar el pensamiento adecuado a las transformaciones sociales necesarias; es el pensamiento popular que igual que da fundamento y conserva la sociedad existente, así puede también producir su transformación. Es profundamente reaccionario llamar al pueblo a la acción o al consenso y no llamarle al pensamiento.

Este pensamiento no puede producirse separado de la acción, ni de otra forma que en la participación política. Pero si la participación política no tiene otro fin que el de gobernar, el pensamiento no se produce e incluso resulta inhibido como contraproducente y dañoso.

Un sujeto político popular, no gubernativo, sería pues un sujeto que lucha por la paz, por la justicia y los derechos, y al mismo tiempo piensa y proyecta las vías para realizarlos en las instituciones, en el ordenamiento y en la sociedad.

En conclusión, ésta propuesta es la de un gran regreso a la política, pero a una política liberada del destino de la pura y simple reducción a una lucha por el poder.

Es a esta política, alta y otra, a la que sobre todo están llamadas las generaciones jóvenes.

(Traducción de Perfecto ANDRES IBAÑEZ).